



©De la edición:

Ayuntamiento de la Villa de San Bartolomé de Tirajana.
Concejalía de Cultura.

©De los textos:

Pancho Guerra
Yolanda Arencibia Santana
Benita López Peñate

Ilustración, diseño y maquetación:

Luis Artilés Arbelo

1ª Edición, Marzo de 2015.

Imprime: Vinilos Gran Canaria

Depósito legal: GC 257-2015

Poemas Ocultos de Pancho Guerra

Compilación de Benita López Peñate |
Prólogo de Yolanda Arencibia Santana |



Saluda

La publicación de *Poemas ocultos de Pancho Guerra* es fruto del compromiso asumido por el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana de favorecer el conocimiento de la obra de Francisco Guerra Navarro, siendo su nombramiento de hijo predilecto, en octubre de 2013, la primera actuación de esta legislatura dirigida a tal fin, y que ha motivado posteriormente dos iniciativas de gran trascendencia: edición en mayo de 2014 de un manual educativo y pedagógico para divulgar la obra y figura del autor en los centros de enseñanza, y la adopción en octubre de ese mismo año del acuerdo Pancho Guerra 2015.

El acuerdo Pancho Guerra 2015 ha significado la celebración de distintos actos: I certamen periodístico Pancho Guerra, cuyo fallo se dará a conocer en mayo de este año, y la aprobación de las bases del certamen de novela corta que se convocará para el 2016, teniendo ambos concursos carácter bianual; jornadas gastronómicas de la cocina de la época del autor; exposición de caricaturas de Eduardo Millares Sall y poemas de Pancho Guerra; y la jornada literaria dirigida por la escritora y catedrática Yolanda Arencibia Santana, que ha dado como resultado el presente libro.

Poemas ocultos de Pancho Guerra es un trabajo realizado por la escritora Benita López bajo la dirección de Yolanda Arencibia, que ha tenido por objeto recopilar los poemas esparcidos por Francisco Guerra en sus libros de narrativa *Memorias de Pepe Monagas* y *Las Tres Lunas*

Rojas. Con esta publicación San Bartolomé de Tirajana, y Tunte, su pueblo natal, rinde homenaje a su hijo predilecto dándole a conocer: Pancho Guerra, poeta.

Pancho Guerra 2015 solo ha sido un paso más en el camino, que otras administraciones públicas y entidades privadas también han emprendido, por rescatar del olvido y del desconocimiento la obra de uno de los grandes escritores de la humanidad nacido en nuestro municipio.

Con la satisfacción del trabajo bien hecho, aquí les dejo con los poemas ocultos de Pancho Guerra dando las gracias a todas las personas que lo han hecho posible.

Marco Aurelio Pérez Sánchez
Alcalde Presidente de San Bartolomé de Tirajana





Prólogo

Los *Poemas ocultos de Pancho Guerra* suponen el resultado de una lectura despaciosa, inteligente y apasionada de Benita López en sus páginas para regalarnos algunas de las espitas poéticas que poseen y que podrían pasar desapercibidas a nosotros, los lectores comunes de Pancho Guerra.

Desde hace décadas, algunos afortunados conocíamos la existencia del escritor Pancho Guerra, Francisco Guerra Navarro, aquel periodista de atractiva agudeza, aquel artista vocacional y esforzado que nos dejó algunas obras de teatro atractivas, aquel aprendiz de filólogo que comenzó la redacción de un léxico muy atractivo, aquel que destacó en la escena grancanaria de la primera mitad del XX, aquel que fue capaz de profundizar en los entresijos del ser canario y ofrecerlo en un arquetipo con chispa que se llamó *Pepe Monagas*.

Esos afortunados sabíamos también que esa caricatura de grancanario, el tal Pepito Monagas (el de Epifanita) se escapó de la vista de su creador para caminar por su cuenta, con mucha fortuna; con tanta, que su figura oronda dejó arrimada en la sombra la bien delgada de su autor. Y se hizo muy popular. Y aquellos afortunados veíamos con regocijo que ya éramos inmensa mayoría los que conocíamos al tal Pepito y disfrutábamos con su reburujón, en Gran Canaria y fuera de ella. Nuestro y celebrado era, en efecto, Pepe Monagas; pero, ¿dónde estaba Pancho Guerra?

Y llegó en 2006 el nacimiento feliz de la Fundación Pancho Guerra. Y emprendió la tarea de fomentar el mejor conocimiento de la obra y la personalidad polifacética del escritor, de promover su estudio, de favorecer la recuperación y la difusión de su legado. Y en 2009, la fecha del primer centenario del nacimiento de Pancho, la Fundación había podido recuperar mucha e interesante obra inédita que añadía notas nuevas al Guerra Navarro que conocíamos y que redondeaban su perfil acentuándolo. Y se organizó el seminario *Pancho Guerra cien años después* (ahí, además, el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana y la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria) que solidificó en un atractivo libro de ensayos publicado en 2010. Y ese mismo año un grupo de verseadores consiguieron vaciar en formato de décima y en libro los cuentos de Pepe Monagas. Y en 2012 el Parlamento del Canarias editó el espectacular *Pancho Guerra y la escena* que expandía el conocimiento de su arte y su figura a los contextos y las personas que le dieron marco. Y el Cabildo de Gran Canaria, que estuvo con la Fundación siempre, tomó el testigo de realizar la edición de una nuevas obras completas: el primer tomo, las *Memorias de Pepe Monagas* revisadas y anotadas, se publicó en 2010; el segundo, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, en 2013; el tercero, *Pancho Guerra: teatro, radio cine* en este 2015 y en dos tomos.

Con todo esto somos muchos los afortunados que vamos conociendo hoy la dimensión de aquel Francisco Guerra Navarro, cuya perspicacia tuvo la genialidad de crear a Pepe Monagas, además de otras muchas páginas literarias.

¿Y el Pancho Guerra poeta? Alguna noticia tenemos. Hubo un primer poemario (*Aromas*, 1928), compartido y manuscrito (dibujos y caligrafía de Santiago Santana, poemas

de Pancho y de Rodríguez Cirujeda), del que conservamos sólo una pequeña muestra:

*Quiero ir al mar, arroyito,
por tu camino de plata;
llévame al mar, arroyito,
mis grandes anhelos calma.*

*Quiero ir contigo, arroyito,
porque al mar se va cantando
y tú sabes de canciones
que aprendiste de los pájaros
y tú sabes de la luna
filtrada a través de un árbol.*

*Vamos al mar, arroyito,
yo también iré cantando
iré cantando versos...*

*Cuando te encuentres cansado
de llevarme en tu burbuja,
buscaremos un remanso
donde haya verde de juncos
y haya revolar de pájaros.*

*Y después continuaremos,
arroyito plata abajo...
Cantando siempre, arroyito,
porque al mar se va cantando.*

Años más tarde, Paquita Mesa puso música a otros versos de Pancho, procedentes tal vez de aquel primer poemario:

*Barquito velero
que vienes y vas
te lloro en la arena
te lloro en la mar.*

*Barquito velero
quisiera tu mar
si aquel marinero
pudiera nadar.*

*Marinero echa tus redes
un poquito más allá
porque mi corazón sangra
como una flor de azahar.*

*Marinero de mis sueños
tengo celos de la mar
que me roba tus caricias
y me deja en soledad.*

*Barquito velero
que vienes y vas
te lloro en la arena
te lloro en la mar.*

*Barquito velero
quisiera tu mar
si aquel marinero
pudiera nadar.*

Poco más sabíamos del Pancho poeta, ¿Dejó textos de poesía entre sus papeles? Me interesó el tema cuando

empecé a indagar sobre nuestro autor, preparando mi antigua monografía de 1993. Nada me hubiera extrañado descubrir la existencia de textos poéticos de Pancho, donde un particular lirismo asomaba en sus escritos; y no sólo en los que parecían más propios, los de su teatro poético. Pero no aparecieron. Los hubo –indican noticias fiables–, pero un descuido, una pérdida desafortunada o un exceso de celo impidieron su conservación. ¡Qué pena!

Pero la diosa Fortuna andaba por ahí, y, con su sobrenatural mirada, descubrió a Benita López. Y Benita cogió las obras de Pancho en sus manos; y se detuvo en las *Memorias de Pepe Monagas*, en *Tres lunas rojas*... Y descubrió poemas que el autor había ido dejando caer por aquí y por allá, escondidos; esperaban a una sensibilidad poética como la de Benita para ser descubiertos.

Benita López es una de esas personas luminosas que pasan semiocultas; dispuestas a que se las descubra pero sin llamar nuestra atención con estridencias. De esas a quienes no se ve si no se las mira.

Estudió Derecho (¿Derecho? Pues sí) y hasta las aulas enderezaron sus pasos la ilusión del antiguo aparcerero que fue su padre y la vitalidad fuerte de su madre.

La marcó la magia de Paco Ramírez. Sin duda, con él aprendió a observar, a rebuscar por dentro y por fuera en las esencias que están detrás de las apariencias, en los conceptos que están detrás de la fonética de las palabras; también en esa fonética, que es el valor literal de las palabras. Rebuscó con Paco y el grupo entrañable “9puertas” en los versos que escondió Galdós en las páginas de *Marianela*. Y de aquella experiencia, nace esta que ahora nos descubre en los entresijos de nuestro Pancho Guerra, un escritor que (son sus

palabras) «me ha puesto frente a las raíces hondas de la luz y de la tierra de mi infancia en el sur».

Benita López ha publicado libros de poemas propios (*Miradas de Agua*, *Libros de Sal y Rosalva*), y colaborado en los colectivos *Confluencias* y *Desde aquí* con “9puertas” y “CiudArte”, respectivamente.

Ahora nos alumbra detalles sobre la faceta más desconocida de Pancho Guerra; sobre sus poemas ocultos. Y nos la regala; nos enseña a leer. ¡Gracias Benita!

Yolanda Arencibia

Catedrática emérita de la ULPGC
Directora de la Cátedra Pérez Galdós

Palabras sobre Pancho Guerra

En octubre de 2014 la Concejal de Cultura de San Bartolomé de Tirajana, D^a Elena Álamo Vega, me propuso formar parte del equipo encargado de diseñar el programa de actividades “Pancho Guerra 2015”. Mi conocimiento del autor se limitaba a los cuentos de Pepe Monagas, cuentos que tanto leí en mi adolescencia. Desconocía por completo la existencia del resto de su obra, creyendo que esta giraba solo en torno al personaje por él creado. Y fue entonces cuando me dispuse a conocerle. Lo primero que hice fue leer *Pancho Guerra o el Amor a lo propio*, de la escritora Yolanda Arencibia Santana, en el cual ella plantea el valor lírico y literario de las *Memorias de Pepe Monagas*. De su lectura surgió la idea de recopilar los versos insertos en su narrativa para mostrarlos bajo el formato de poemas, respetando la unidad de pensamiento dada por el autor. Gracias a la apuesta firme y decidida de publicación asumida por el Ilustre Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, hoy podemos disfrutar de los poemas de Pancho Guerra recogidos en este libro.

Aprovecho la ocasión que me brinda estas páginas para compartir con ustedes la carta que escribí a Yolanda Arencibia con motivo de las jornadas celebradas recientemente dentro de la programación “Pancho Guerra 2015” en San Bartolomé de Tirajana:

«Querida Yolanda Arencibia; no me es posible en esta

carta dirigirme a ti solo por tu nombre. Tu apellido Arencibia me es necesario para acercarme al corpus literario de Pancho Guerra.

En una ocasión, hablando con Paco, yo le comentaba que solo una persona como tú, de carácter alegre y sencillo, podía abordar la obra de Galdós, a lo que él contestó: “Sí; pero también tiene formación”. Y es verdad, eres una mujer con la cual Pancho Guerra y Benito Pérez Galdós se encuentran y muestran cómodos. Tienes la sabiduría y formación necesarias de mujer era de mieses donde se aventan la literatura. Pero también la sencillez de tu persona y tu alegría casi infantil han facilitado tu acceso a ellos, moviéndote por los pasillos de sus letras como si fueras solo espíritu. Es que solo así, siendo única y exclusivamente alma y espíritu se logra descubrir lo verdadero. Y cuando digo infantil me refiero al pensamiento del ser humano en la desnudez, sin vestiduras.

Siguiendo tu senda surgió la idea de los poemas de Pancho Guerra. Cuando la Concejala de Cultura de San Bartolomé de Tirajana, D^a Elena Álamo, me propuso integrarme en el equipo encargado de diseñar el programa de actividades “Pancho Guerra 2015”, mi conocimiento del autor se limitaba a los cuentos de Pepe Monagas, cuentos que tanto leí en mi adolescencia. Desconocía por completo el resto de su obra, y en mí existía el prejuicio del costumbrismo en sentido negativo, en la creencia de que su obra giraba solo en torno al personaje por él creado. Y entonces me dispuse a conocerle. Lo primero que hice fue leer *Pancho Guerra o el Amor a lo propio*, libro escrito por ti, en el cual planteas el valor lírico y literario de las *Memorias de Pepe Monagas*, surgiendo de su lectura la idea y contenido de estas jornadas.

El porqué yo te necesito para abordar el camino poético de Francisco Guerra no requiere respuesta: todo el mundo la conoce. De la misma manera que no se necesitan respuestas sobre el pan porque todo el mundo se sabe las preguntas. Pero a esta necesidad universal debo añadir mi carencia en formación literaria, la cual me dificulta enormemente hablar sobre el valor lírico de su poesía. Y es por ello por lo que, todo lo que yo, en mi propio nombre, afirme en esta carta

lo haré guiada por la intuición y por la lectura poética que haya sido capaz de realizar, sin ánimo de aseverar con verdades absolutas, sino simplemente mi verdad, mi visión. Y es precisamente la intuición la que me ofrece la imagen de Yolanda Arencibia predicando durante años el agua de la poesía y obra de Pancho Guerra, deshilachando las sombras que se cernían en torno a ella impidiendo ver la luz trascendental de sus letras. Sombras reales. Algunas anónimas, desconocidas, y otras que se identifican con nombre. Siendo la concepción errónea que se tiene sobre el costumbrismo una de ellas. Prueba de tu labor constante en defensa de la calidad literaria del autor, son, entre otras muchas, esta reflexión tuya en *Pancho Guerra o el Amor a lo propio*:

Y ello fue posible porque en Pancho Guerra se aúnan dos tipos de cualidades: por un lado la naturalidad, la frescura y la inmediatez que permiten una relación de confraternidad, casi de identificación, entre el autor -individualidad destacada- y su propia comunidad, que es lo propio de la literatura popular (aquella que “contiene más inspiración y mayor encanto que las odas hinchadas y las elegías lacrimosas de los poetas de oficio”, en palabras de Pérez Galdós); y por otro, los caracteres indispensables -y excepcionales- de una interpretación sabia, concienzuda y nada espontánea, construida desde una perspectiva amplia, distante y globalizadora y configurada partiendo de la nostalgia, la ironía, el reconocimiento personal, el amor y el humor de un auténtico creador.

Tus palabras, unidas a las de Manuel Cerezales cuando dice:

Es muy difícil saber las razones porque una persona llega a identificarse de manera tan perfecta con su tierra. El fenómeno no es frecuente. En Pancho se daba uno de esos raros casos... Esta mezcla de realidad y símbolo entra en el dominio de lo misterioso, por donde sería aventurado adentrarse.

me han llevado a la siguiente conclusión:

El hecho de vivir en una isla pequeña favorece que el paisaje forme parte también de la vivienda de cada habitante. De ahí la especial relación de “confraternidad, casi de identificación”, de la que tú hablas entre el autor y la propia comunidad. Y es por eso por lo que él de su isla y de su gente sabe tanto. Y es por eso también, por lo que de nosotros también sabe tanto. Porque en lo esencial seguimos siendo la misma gente de cuando él escribía. Cuando él en su poema de Frasquita la de Ayagaures habla de cómo ella se cubre su pudor, en esa imagen podemos vernos reflejadas las mujeres de hoy cubriendo también nuestro pudor, aunque de una manera muy distinta.

Cuando leí el discurso que pronunciaste en homenaje por su centenario, hubo algo que me extrañó, y fue tu insistencia en su verdadero nombre, su nombre de pila, Francisco Guerra Navarro, calificando de seudónimo el de Pancho Guerra. Ya después, a medida que avanzaba en la lectura de su vida y obra, lo entendí: Pancho Guerra, en mí y en muchas personas más, era Pepe Monagas, nada más: el personaje ocultó al autor, pero no solo en el sentido de generar la confusión de que su obra se limita únicamente a los cuentos, sino también por el sentimiento popular que motivó un Pepe Monagas caricaturesco, alejado del personaje que el autor quería y que recogió en sus memorias. Quizás también influyó cierta timidez del autor, en ocasiones da la sensación de querer encubrir su extremada y exquisita sensibilidad y ternura. Pero en el momento de decidir con cuál de los dos nombres se convocaban las actividades que se han venido celebrando estas semanas, dijiste: “Ya empieza a saberse que uno es el otro. Y Pancho Guerra es más suyo”. Optándose, por tanto, por el nombre de Pancho Guerra. Decisión acertada, lo importante es dar a conocer su obra, despojarla de la caricatura que, por desconocimiento, se apoderó de ella. En definitiva, conocer al verdadero Pepe Monagas y al hombre que lo creó.

A continuación anotaré las ideas que me asaltaron mientras entresacaba los poemas de su narrativa en las *Memorias de Pepe*

Monagas y en *Las tres lunas rojas*.

1ª. No son poemas costumbristas. Son obras de arte, poemas de ardiente lirismo. Y esto es así, simplemente, porque él era un hombre poético: al escribir el alma plasma lo que tiene en su diálogo con el entorno. Pero la razón última de su poesía, la fuente de la que emana, reside en lo que comentas en tu discurso de homenaje por su centenario, Pancho Guerra logró:

[...]transparentar la esencia del ser y el vivir del hombre de nuestra tierra, el popular, el que deja aflorar de modo más nítido las raíces de su ser idiosincrásico. Y así, tras “Pepe Monagas” y el paisajismo interno y externo que conforma el mundo literario que lo rodea, su auténtico creador, Pancho Guerra se sitúa en la tradición de nuestro mejor costumbrismo literario, aquel de las raíces hondas.

“*Transparentar la esencia*”, ahí estuvo su hallazgo. La poesía fluye en el hablar cotidiano entre el “*paisaje interno y externo*”, humano y geográfico, con todo lo que contiene. Dejemos de ir a buscarla a otro sitio.

Cuando digo que no son poemas costumbristas, no lo hago en el sentido peyorativo del término. En el supuesto de que así se le calificaran, no pasa nada:

“Costumbrismo, pero del bueno”; “Costumbrismo literario, aquel de las raíces hondas”; costumbrismo que “contiene más inspiración y mayor encanto que las odas hinchadas y las elegías lacrimosas de los poetas de oficio.

Es costumbre de la almendra, nacer un almendrero. Gracias al costumbrismo de las semillas, nacen los árboles. Pancho Guerra tiene raíz. Está vivo. Sin raíz la poesía no existe, no hay fruto; y si algo se diera, sería otra cosa distinta, sin vida propia.

Ahí están sus poemas... ¿qué decir, que el poema, de por sí,

no diga del autor?

¡Qué cosa grande y mágica, Santo Dios,
esto del imán agachado que ellas llevan dentro,
como una almendrita tierna destinada a planta,
que no a partida, y que brota y boga sin sentirse,
hasta que un día es alta, verdea, enrama,
se llena de floritas...!

Fernando Araújo Vélez, en uno de sus artículos sobre García Márquez, relata lo siguiente: “Un día de enero, plenos los 60, le mostró a Cepeda Samudio su manuscrito de Cien años de soledad. “Costumbrismo, costumbrismo”, le dijo tiempo después Cepeda. Márquez se tragó durante unas semanas lo que consideró una humillación. Una noche, sin embargo, no resistió más y fue a buscar a su amigo hasta la casa... Le gritó que sí, que era costumbrismo, “pero costumbrismo del bueno, como el de Faulkner”.

Pues lo mismo es predicable de Francisco Guerra: costumbrismo, sí; pero costumbrismo del bueno. Tal afirmación encuentra su fundamento en lo siguiente:

No contiene los aspectos que tradicionalmente se predicen del costumbrismo en determinados ámbitos de la crítica:

a) No se limita a retratar la realidad en sentido orgulloso de la misma. Simplemente dibuja un personaje que se confunde con él realizando el género literario de la confesión. Pepe Monagas se mueve en una realidad concreta, el personaje es creíble porque no es algo creado con el objeto de ensalzar. Tiene sus dificultades, sus problemas, su vivir diario, y recoge los conflictos existentes en aquella época.

b) El colorido local impregna de universalidad las memorias.

c) Ausencia de moralismo.

d) No es mero retratista. Su personaje tiene vida orgánica, y aunque, por ejemplo, refleje las costumbres de los pueblos, debajo de ella subyacen sentimientos, vida y por tanto hay crítica y visión

personal. Roza el realismo literario. A diferencia de otros autores, su costumbrismo participa de la prosa poética. La realidad le da todo: mosaico de voces, colores etc

e) La importancia del género costumbrista reside en dos aportaciones puestas de relieve por distintos estudios literarios sobre la materia: aportación histórica y también aportación artística, al determinar el nacimiento de otro género posterior: la novela. Ambos aspectos se dan en Pancho Guerra, pero él va más allá: alcanza la novela, conclusión esta que extraigo de tus propias palabras al clasificar *Las Memorias de Pepe Monagas* dentro del género literario de la novela.

Conserva, porque así lo decidió, sus raíces. Con tres pinceladas poéticas abarca la isla entera. ¿Qué compone lo universal? La savia adquiere la forma de tabaiba y verol en un lugar, y de álamo y chopo en otro. Por tanto ¿por qué calificar lo cercano como costumbrismo en sentido negativo? El germen de la escritura, lo que subyace como sustrato invisible que da soporte al modo de sentir, reside en lo vivido en la infancia, ¿por qué alejarnos, entonces, de las sensaciones, emociones de lo percibido y de cómo lo traducíamos en el río interior de la espiritualidad? Cuando una persona, en su infancia, siente bienestar ante la flor pequeñita de la ahulaga, en un territorio árido y rocoso, por qué decir que es localista una imagen que la recoja? ¿¿Tiene metáfora?! ¡Pues ya está! La podríamos resumir de este modo: en la ausencia, una presencia casi inadvertida colma porque ella sola abastece debido a la magnitud de la grata emoción que causa.

Detengamos en estos versos pertenecientes a dos poemas diferentes:

- *majano luminoso los cielos de Tunte*
- *alumbrados tan solamente*
por el majano de estrellas
que cuajaba los altos

Cuando descubrí la palabra “majano” en sus versos, me dije: es del Sur. Una palabra que es muy difícil de escuchar en otros lugares,

¿y es por eso localista? Lo que pensé al verla, fue: sabía mirar, lo de afuera lo ponía adentro. La imagen más habitual que yo he escuchado de un cielo colmado de estrellas es: “empedrado de estrellas”. Un “majano” es como una montaña, una cordillera de piedras, un montón de piedras unas encima de otras; un empedrado es un suelo cubierto de piedras, lajas, pero con espacios libres entre ellas, y ninguna puesta sobre la otra. En aquellos lugares en que no se entienda la imagen, es simplemente explicarla. ¿Quién, después de escucharla, no desearía visitar el cielo nocturno de Tunte?

2ª. Presencia constante de imágenes y metáforas. ¿Significa la existencia de una cualidad en la manera de ser de las personas de la isla, el hablar con imágenes, el hablar con un sentir propio que roza a veces la mística, y que el autor ha sabido llevar magistralmente a la escritura?

3ª. Su mayor genio, los poemas. El lirismo a la sombra. No cultivó el género donde hubiese destacado como uno de los grandes poetas de todos los tiempos, género donde tenía todas las habilidades y esencias, las que le eran, por naturaleza, propias, en lo absoluto y en la nada: la poesía, escrita con el formato de poemas. Sus obras están plagadas de versos, de metáforas, imágenes. Incluso, cuando alguna de sus obras adolecen de alguna debilidad, se salva por el torrente de poesía y versos que contienen. El lenguaje poético era su fortaleza.

4ª. Sus poemas descubren y dan a conocer nuestros mitos. Realismo mágico. Aquello que apenas asoma en sus letras y que, sin embargo, las sostiene, como cuando describe las taifas, los colingos, las peleas de gallos, los patios, las mujeres altivas y de firmeza, La Fuente Tumba, las curanderas, el zorrocloco, la libertad de las cometas; el deslumbrar de las luces y sombras con sus colores cuando se difuminan en lo accidentado de nuestra orografía, los juegos de luces construidas por el sol cuando va cubriendo o descubriendo los altos macizos, las degolladas, los valles, los acantilados. El alma de Pancho Guerra se sumerge en lo misterioso y mágico de la tierra, asomando y desapareciendo con distintos juegos de luces y de colores que da la luz cuando la sombra se acerca o se aleja, abarcando el alma

de la persona que lo presencia:

...ver subir la noche bocabarranco arriba,
la noche que avanzaba,
tan aseñorada en sus lutos...

...lucir como entre dos luces,
el día entregándose
y levantándose la noche.
Dulce y grave, al tiempo.

Y todo ello desde el lenguaje poético, el único capaz de captar lo bello en su máxima sutileza.

El personaje “Pepe Monagas” puede contemplarse igual a un mito. Es él quien recorre la isla, su alter ego, heterónimo, su otro ego, su otro hombre. El autor lo inventa para moverse por la isla, llevando consigo las raíces mágicas, realistas, maravillosas y fantásticas de la realidad que lo rodea y conforma. Con él resalta lo extraordinario de nuestra cultura, la vida ardiente en la orilla de la playa, en las medianías, en el centro y en la cumbre. Vidas distintas todas ellas porque la luz, el aire y la temperatura son diferentes en cada sitio. A este modo de andar suyo por la isla se debe la riqueza poética de sus poemas:

labranzas de riego y huertos verdes y frescos,
con orillas de flores y coronas de pájaros.

6ª *Memorias de Pepe Monagas* participa del género literario de la Confesión, y en ello reside su riqueza poética. El alma cuando se desnuda y habla, el único lenguaje que conoce es la escritura poética. Francisco Guerra se expone, con sus miedos, errores, aciertos, tristezas, alegrías, pensamiento a través de su personaje, alcanzando la unidad del círculo y la expansión de la espiral para el vivir de su persona. Incluso recoge un hecho especialmente trágico, algo

inverosímil en él cuando adopta la personalidad de Pepe Monagas. La nostalgia y la crítica en tono serio y constructivo están presentes en varias de las escenas, de manera visible. Soterradamente está siempre, voz que subyace en toda obra porque desde ella se teje el ovillo de la misma. Y en este caso es una madeja serena, de vida sencilla, que observa el acontecer cotidiano de la isla, mostrándolo. Confesión con valor de fuente histórica, dando a conocer la isla con todo lo que la integra, incluyendo los conflictos históricos y ciclos económicos y sociales. No solo recoge los hechos materiales, sino también las sensaciones, sentimientos de la población como por ejemplo cuando refleja el impacto de las primeras turistas en el imaginario popular, “celos morunos”, dice Sonia la extranjera de la mujer del canario en uno de sus relatos de las memorias.

Canarias, pueblo ardiente, de origen cercano en el tiempo, fruto de erupciones volcánicas que dieron lugar a las islas; la proximidad de África, la población aborígen, viviente aun en las necrópolis junto a los camposantos construidos después... Todo esto subyace en el imaginario del autor, conformando su basalto.

Mujer lanzaroteña,
nacida en tierra arropada por el Trópico
y horneada por la calentona
y vecina orilla del África.

La escritura de sus memorias, a medida que avanza, se vuelve cada vez más poética. A medida que se va adentrando en su confesión, en la interioridad de los personajes y vida cotidiana que describe, más poética es su prosa, hasta por último llegar al cenit de la misma y mantenerse en ella hasta el final: la comunidad de los colingos que habitan en las cuevas, el tránsito de la adolescencia a la juventud, el relato de María del Pino, su relación amorosa con Soledad... “Inesperados golpes de poesía, el paisaje de la isla”, decía de él Carmen Laforet.

Al principio del libro, Pepe Monagas es más el personaje de

los cuentos, pero poco a poco se aproxima a la persona de su creador, su lenguaje se transforma y habla como si fuera Pancho, y es cuando asoman los poemas, abandonando dicho lenguaje solo cuando relata algún acontecimiento y son sus protagonistas quienes hablan, en estos casos retoma el lenguaje escrito fiel al hablado: “s” por “z” y “c”, por ejemplo. Pero cuando es el otro Pepe Monagas que Pancho también quiso que se conociera, escribe “Dulzoncito”. La ternura que muestra delata al autor. Pepe Monagas es el personaje que él utiliza para interpretarse; y la vida que describe, escenario de un teatro. Da la sensación de que Francisco Guerra, en su vivir cotidiano, se oculta, que se preocupa de esconder su carácter de hombre tierno, de exquisita sensibilidad, y que solo lo reconoce en la vida del otro hombre que él ha inventado: su personaje, su “heterónimo”.

7ª Él sabía que estaba construyendo poemas merecedores de ser descubiertos. Enlaza y desarrolla las imágenes, deteniéndose en ellas, evitando, por ejemplo, la obviedad de las cosas. Y cuando en algún momento recurre a la enumeración, lo hace de manera elegante y con gracia, como ocurre en el poema de la tiendita y en el de los baños nocturnos cuando enumera todo lo que en la orilla podía dañar los pies descalzos al salir del agua.

8ª Pancho Guerra emplea los seis sentidos para recoger los versos que el entorno le brinda. Los sentimientos, sensaciones, emociones se convierten en sabores en el momento de leerlos. El sentido del gusto los aglutina.

9ª Todo está en la infancia, y la suya fue en Tunte, infancia que se percibe cuando describe a las abuelas y abuelos, recurriendo a imágenes de la naturaleza que conocía de manera honda. Porque de otro modo no se entiende la similitud entre los rasgos físicos y psíquicos y la naturaleza con la cual los compara.

Mi otra abuela, la madre de mi madre,
genio y maneras de la pulida entereza de leñabuena
...
Fulgor particular el de sus ojos:

blandura de fruta en sazón y a mano

...

Tenía el tierno garabato de un baifillo granado.

“Leñabuena”, “blandura de fruta en sazón y a mano”, “yerbitas u otras bebidas golosas”, “mieles”, “bienmesabe”, “tierno garabato de un baifillo granado”...

Presencia siempre del baifo. Supo sentir y expresar la ternura y alegría de la cría de cabra. Ha sido muy agradable ver el paralelismo que el autor realiza entre las características físicas y psíquicas del baifo y el ser humano.

¿Quieres darte una vueltita,
o prefieres seguir estacado aquí arriba,
baifillo de esta pradera,
donde no hay más pasto
que el misterio y el infinito...?

10ª Amaba a las mujeres. Solo sintiendo respeto, admiración y amor por ellas se alcanza la sensibilidad que se necesita para describirlas en fiel espejo de la realidad física y psíquica con que él lo hace. Se parecen mucho Pancho Guerra y Benito Pérez Galdós cuando se acercan a la mujer para hablar de ella. Los dos dan fe en sus letras de conocerlas muy bien. Sirvan estos versos a modo de ejemplo:

Es tan bonita: tibia y quieta,
Sonríe con alegría propia,
la lleva dentro como los almendreros llevan su flor

Pancho es un hombre capaz de ir al dolor femenino y hablar desde él. Son estremecedores los versos dedicados a una mujer a la que él llama “María del Pino”:

Llegó a tener miedo cuando resbalaban

-igual que si la recorriera la panza de un lagarto
por su blusilla y liviana y corta falda-
los ojos espesos, como mal dormido
de mucho labradores.

Y estremecedores son también los versos de *Las Tres Lunas Rojas*. El sabía de mujeres madres de más de quince hijos...

Los hijos son nuestros, nada más: de las mujeres.
Lo de los hombres es un poco de hambre ciega,
que acaba como acaba la sed de un camino
cuando se alcanza el agua...
Pronto se desmadejan en la orilla, hartos y dormidos.

11ª Pancho Guerra era un hombre de sentir ardiente, pasional, erótico tanto cuando describe al ser humano, hombre o mujer, como cuando se dirige a la naturaleza. En el siguiente poema se puede apreciar imágenes eróticas muy características en su escritura.

...Tenía el aliento maduro, dulce y cálido.
Me acordé del aroma nocturno de los albaricoqueros
cargados y en punto de cosecha
Sentí que todo se ponía más negro alrededor
y que ella lucía dentro
de aquel oscuro como un pan
en el fondo de un horno,
muerta y asada de amor.

12ª Le gustaban mucho los ojos. Innumerables versos lo avalan.

Fulgor particular el de sus ojos,
tenía cierta blandura de fruta en sazón

Me gustan a mí los ojos de esa mujer.
Siento que un hombre puede cobijarse en ellos

Sus ojos recuerdan
el acecho del agua encharcada

Me miró despestañándose,
con unos ojos grandes y estupefactos

Me estremecí como un álamo
debajo de la brisa tibia que levantaron sus ojos

13ª Versos urbanos. En algunos poemas describe las calles de Las Palmas como Galdós hiciera de las calles de Madrid. Al leerlo, recuerda a los clásicos. La vida urbana de la ciudad también contiene los elementos de las grandes ciudades de España. Por ejemplo, me sorprendió gratamente la presencia del sereno recorriendo las calles bajo la relentada que caracteriza las noches isleñas, figura que yo pensaba que no existía en la vida urbana nuestra. Recuerdo aun hoy lo mágico y trascendental que me parecieron en mi adolescencia las obras de *La Celestina*, *El Lazarillo de Tormes*, *El Quijote*, *Cien años de Soledad*. Si en ese entonces hubiese leído también *Memorias de Pepe Monagas*, hubiese tenido el calor de la ternura que da el conocer de la existencia de un escritor canario describiendo el paisaje urbano, rural y humano de la isla con la misma maestría y calidad literaria de los clásicos que yo admiraba. No hubiese sentido el sentimiento de lejanía y de soledad que a veces, sin quererlo, me inundaba al verme a tanta distancia de los lugares descritos en aquellos libros: portales, serenos...

14ª En su escritura descubro palabras de cuya existencia ya me había olvidado. De las cuales destacaré dos de linda sonoridad: “guineo” y “golosina”. ¡Qué gusto agradable pronunciar nuevamente la palabra “golosina”, tan distinta a la palabra “chuches”! También sentí grato asombro con la palabra “droga”, como sinónimo de deuda,

ya no solo porque es una palabra que ya no utilizo sino también porque jamás antes vi las semejanzas entre “deuda” y “sustancias estupefacientes”, las dos nombradas con los mismos vocablos y un parecido significado: dependencia.

Simple anécdota que me apetece compartir. Recientemente a una persona le dijeron: “Tú eres de Las Palmas. Esa palabra no es de aquí”. Se trataba de la palabra “totorota” en el seno de una conversación entre dos personas, de 45 y 16 años de edad. Ambos tienen en común el hecho de que la infancia de ambos transcurrió en el entorno agrario. Lo importante no es que Francisco Guerra recoja esta palabra, y que aún se conserve, lo relevante es que el autor supo recoger el sustrato social en el cual dicha palabra se daba, de ahí su existencia en personas cuyo origen sea ese mismo ámbito social, base orgánica del lenguaje.

15ª Ha sido para mí una sorpresa sus poemas sobre los “colingos” y como él los compara con la comunidad gitana de Granada. Cuando era pequeña solía escuchar, entre las familias aparceras, “Es colingo”, en sentido despectivo, pero no sabía por qué, incluso más que en tono despectivo se empleaba, o yo lo entendía así, para indicar su procedencia de determinado paraje del interior de la isla. Sorprende con cuanta sensibilidad Pancho Guerra se percata del colorido y alegría de sus gentes, ofreciéndonos uno de los poemas más bellos del libro.

16ª La voz en las letras yo la clasificaba en dos colores, color azul y color dorado. Correspondiendo el color azul a la voz literaria de las islas, una voz ligera, transparente, delgada, propia de orillas azules, del mar, del cielo sin nubes, de la playa, de las personas que la habitan y de la tierra casi desnuda. A esta luz corresponde las letras canarias que yo había leído. Y a la luz dorada, las letras de los clásicos españoles cuando describen el interior de Castilla. Esta clasificación mía, muy personal, era la que yo tenía antes de leer *Memorias de Pepe Monagas*. Ahora mi clasificación no es la misma: la luz dorada también está presente en Canarias, en Pancho Guerra, el cual, a su vez, me lleva a otros autores, como pueda ser, Alonso Quesada, y a

tantos otros. Decir que en Galdós las dos luces existen, con la luz azul de Canarias él se guía en algunos de sus personajes, pero no describen a Canarias. Pancho Guerra recoge la existencia del interior de la isla, el mundo agrario que la sustenta y su luz dorada, matizada por intensos inviernos de cielos nublados, de pueblos blancos anillados de bosques y barrancos, de hormiguitas labrando sus panales en lo accidentado del terreno, surcos pacientemente labrados en las laderas sostenidos muchas veces por laboriosos muros de piedras. Y también la luz urbana de la ciudad, de sus calles de día y de sus calles de noche.

17ª Recoge una imagen muy atractiva: la idea de que las mujeres somos las que empleamos “las artes de pesca amatoria”. Y las que decidimos, aunque parezca que no.

18ª A través del humor de su personaje, es muy serio lo que cuenta. Incluso, trágico en ocasiones, como cuando describe al cuidador de gallos antes de morir:

...se entró en el cuarto
donde depositaban la caja común,
la caja deslucida y ruinita
en que fletaban hasta orillas de la tierra
a los que no tenían ni casa,
ni tres teniques,
ni un perrito que les ladrara,
y se acostó dentro de ella.
¡Pero tranquilito, y de un modo sencillo!

19ª Recuerda a España Trágica de Galdós: “Con el golpe mágico del Teide enfrente, tan león viejo y cautivo”.

20ª El mar siempre presente. Recurre mucho a él para explicar las emociones.

Tremenda calma
de marea hinchada y negra,
de esas mareas de mal barrunto

que cuando rompen,
lanzan sobre la orilla
su mugiente y asolador tropel de toros.

21ª La isla le ofrecía el universo inspirador que todo escritor necesita, ¿por qué se fue a Madrid? ¿Qué fue a buscar? Además, él siguió recogiendo desde allá ese universo multicolor y plástico porque conocía de su riqueza variada, archipiélago de islas que hasta en el clima tiene casi todos los climas y paisajes del mundo, paisajes humanos, sociales y económicos, ¿qué lo motivó a irse?

22ª ¿A qué ley es debida la admiración por escritores buenos, y la ignorancia y el olvido por otros escritores también igual de buenos? Ahí dejo la pregunta, siendo Pancho Guerra uno de los ignorados.

23ª Francisco Guerra, el escritor más popular en las islas, y también de los más dotados, ¿entonces, qué significa? Muchas veces ambas cualidades no coinciden en un mismo autor; en él, sí...

Pancho Guerra comentó a sus amigos de la Peña su intención de invitarles a la nueva casa a donde trasladaría su residencia en breve, y que aprovecharía tal ocasión para mostrarles unos poemas suyos. A los pocos días falleció. Los poemas, desgraciadamente, desaparecieron. Quizás, Yolanda, entre las dos hemos cumplido su sueño de descubrir al verdadero Pancho Guerra, a Francisco Guerra Navarro, al hombre que tanto quiso él dar a conocer, aunque ello no nos quite la honda pena por la pérdida de los poemas escritos por él a conciencia.

Me gustaría terminar esta carta, a ti dirigida, con unos versos del autor, de extraordinaria sensibilidad, fuerza y de sobria belleza, que resumen su visión de la vida:

Cuando me tumben debajo de la tierra,
ni me estremeceré si quiera,
porque me abajarán colmado

Muchas gracias, Yolanda, por compartir conmigo este tramo de tu andadura por el camino de las letras de Pancho Guerra.

Benita López Peñate
Arinaga, 16 de enero de 2015





Poemas de Pancho Guerra,
Francisco Guerra Navarro,
desde la narrativa poética de
Memorias de Pepe Monagas
y *Las Tres Lunas Rojas*.

Autora de la selección
Benita López Peñate

Dirección
Yolanda Arencibia Santana

Memorias de Pepe Monagas

1

¿No ves la nube-que en occidente-
alumbra el último rayo de sol...?

2

Al amor que sigo teniendo por las tierras, las aguas, la luz
y las gentes de mi Gran Canaria. Fue tanto mi apego a la
orilla, a sus arenas y largos pedregales, a sus aguas grandes
y azules...

3

Se perdió bajo los manchones oscuros
de los árboles de la alameda
y por entre el oscuro oloroso del pueblo,
debajo de aquel cielo hermoso,
tan alto y tan hondo, tan cuajado de luces:
silencio pleno de la noche,
majano de estrellas el cielo de Tunte.

Plaza de Tunte, alameda de cantería azul
a la sombrita de dos pinos parejos y gallardos
y de laureles airosos.
Cuando el verano levanta su pesadumbre
y se vuelve al África con los abobitos
y demás aves de paso,
los matos viranse amarillos,
llenando el aire de primorosa luz dorada,
de un como enramado de retamas
que a mí de chiquillo me embelesaba.
A una orilla de La Alameda,
y casi siempre ahilada,
corre la acequia de la heredad;
el humilde y fresco rumor puede escucharse
lo mismo que un remanente en el silencio del campo,
al peso del mediodía y alta la noche.

5

La cara se le llenaba toda de sus ojos,
unos ojos semejantes a los charcos
de la primavera isleña:
anchos, verdosos y quietos.
Pero de lo bueno,
lo mejor lo tenía de cintura arriba:
suelos y respingantes,
se le alegraban como baifillos en la hierba los pechos.
Andaba perezosa,
dejándose caer sobre las caderas.
Metida tal flor de la maravilla en semejante balanceo,
ante ella reparaban y se suspendían hombres y mujeres.

6

Salió a la plaza
con zapatillitas coloradas,
vestidito de bailarina
y una sombrillita también encarnada.
De un mato a otro, una liña,
y sobre ella fue y vino,
balanceándose como un pinto
en una ramilla desarbolada.

7

Y cierta noche de julio, ese julio que vira
 majano luminoso los cielos de Tunte
 y suspende y espesa sus aires como una miel caliente,
 se quedó solo con la morena.
 Quiso hablar el hombre,
 pero se le retrancó la lengua de puro seca.
 Durante tremendos segundos
 pensó estallar por los saltos del pomo;
 se agarrotó de cabo a punta, abacorado
 hasta las mismas raíces de la sangre y de los huesos,
 por la pelea imposible de un golpe de calor
 y por un frío de muerte.
 Algo semejante a sus miedos de niño,
 cuando se le trancaban los gritos
 y sentía que el cuerpo se le había vuelto de piedra.

8

Eran sus ojos
 nidal de gatillos de fiesta:
 mantenidos alegres y alerta.

9

La voz corrió por las cuatros esquinas del lugar
 La pregonaba un viento vivo.

10

El agua tenía agujas del alto enero
Mordía callada

11

Sus ojos recuerdan
acecho del agua encharcada...
Es tan bonita: tibia y quieta,
con el cielo dentro
rizado de las tejederas
y los rehilos del aire...
¡Pero qué engodos y qué trampas!
Me gustan a mí los ojos de esa mujer.
Y son diferentes, sí...
Siento que un hombre puede cobijarse en ellos
como cuando se dejan el airote
y la sorimba de los caminos del invierno
y se arrima el cuerpo engarabitado
al soco profundo y amoroso de una cueva.
Sonríe con alegría propia,
la lleva dentro como los almendreros llevan su flor.
Me brincaba en el corazón una extraña esperanza.

12

Me gustan a mí los ojos de esa mujer.
Y son diferentes, sí...
Siento que un hombre puede cobijarse en ellos,
al soco profundo y amoroso de una cueva.
Es tan bonita: tibia y quieta...
Sonríe con alegría propia,
la lleva dentro como los almendreros llevan su flor.

13

De repente la fechó por la cintura,
se la trajo al pecho
y la besó con hambre.

14

Caminó al oscuro,
con el manterío de estrellas encima del pecho.
Tiró para el barranco,
se quitó la ropa y se metió en un charco.
El agua traía de las cumbres
hilo de frescura que lo confortó.
Se tumbó en la arena, quieto,
de cara al cielo, sin tino de las horas.
Sintiéndose desnudo
debajo de la luz del alba, volvió en sí.

Un instante
 se sintió el gran silencio del campo
 y el olor vivo de los tomillos.
 Transpusieron al albita por los caminos de Santa Lucía,
 valle de muchas y muy derechas palmas,
 labranzas de riego y huertos verdes y frescos
 con orillas de flores y coronas de pájaros.
 Pasados los hondos y galanos plantíos de La Humbría,
 donde los mirlos y los capirotos de Tunte
 con más sentimiento y donaire hacen su silbo,
 ya en vistas de Rosiana,
 los caminantes vieron al abuelo Lucas.
 Se le había espantado la risa,
 y traía los ojos fijos y fríos, igual que piedras.
 Anduvo atrás la morena, caminos y pueblos.

Moceó los domingos por el camino real,
 a la orilla de los claritos y estremecidos almendreros
 bajo la muda guarda de los altos riscos;
 y los jueves en el patio pulido,
 debajo de una parra de uvas caseras:
 ancha latada dejaba caer dulcemente
 sobre el brillo sellado y azul de las piedrillas del piso,
 primoroso juego de sol y sombra entreverados.

Parra de uvas caseras:
 primoroso juego
 de sol y sombra entreverados
 cae dulcemente.

Mi otra abuela, la madre de mi madre,
 genio y maneras de la pulida entereza de leñabuena:
 pronta y livianita,
 animosa de expresión, de palabra y de manos.
 Lució por esto mejor que por linda,
 y por el aire de su andar:
 menudo, muy apersonado.
 Fulgor particular el de sus ojos:
 blandura de fruta en sazón y a mano
 tras el juego de firmeza y lentejuelas;
 y un “déjame entrar”
 como el de las yerbitas u otras bebidas golosas.
 Sobre el raído de pan con mieles
 echaba el colmo de un pico entonado
 y con buena rienda,
 que no tuvo el empalago de bienmesabe.
 Tenía el tierno garabato de un baifillo granado.

Cumbre arriba
salieron a las mesas centrales de la isla:
pardas, infinitas y solitarias.
Enderezaron hacia Artenara
costeando altas barandas sobre las hermosas cañadas
por las que Tejeda se descuelga
sostenida en medio de encabritada fuga de tierra;
defendiéndose de ella a brincos,
a saltos de roques a lomititas
de sortijones a degolladas,
poniendo a salvo los caseríos blancos
y los huertos verdes.
Atravesaron los pinares relindos y rumorosos de Tamadaba,
con el golpe mágico del Teide enfrente,
tan león viejo y cautivo, aseñorado
sobre un arropo de nubes empapadas de sol,
embebidas de mar verde,
una mar quietita y bella como un niño dormido.
Vueltas y revueltas del camino encantado del risco.
Ganaron, alta la mañana, la villa marinera de Laguete.
Embullados por la esperanza
pasaron veredillos, caminos y atajos.
Estremecidos de pájaros y de arreboles y violetas,
despertaban las labranzas, lomas y riscos;
todavía vacíos de gente, llenas de silencio,
con solo un toque de pajarillos tempraneros.

A la orilla de un patio
enramado de rosal blanco
y muretes rebosando geranios,
una mujer cerrada de negro
con pañuelo anudado, lo barre.
-¡Qué lindo tiene su patio!
La mujer sonríe con pudor, suavemente.

Y era humo en el bosque
el penacho negro
que levantaba la hoya ardiente
y los golpes del hacha
que el silencio fino de los altos llevaba lejos
por enmedio de ese arrullo
de palomos que tiene el pinar.
Caían los altos leños,
buenos para carbón,
y los gajos y pinos nuevitos,
amañados para timones.
Trajín de noche
sacando al oscuro las bestias
del camino real a los veredos.
Vigías en las ramas más desarboladas,
noche de sorimba y ventanero,
miel sobre hojuelas.
Así salían y llegaban lejos
el carbón de pino, las varas tiernas,
los haces vivos y olorosos de la tea.

Vinagre de la tierra,
doradito como luz de otoño
con aroma y fortaleza antiguos.
Frasquita, de Ayagaure, lo servía
de su pequeña y honrada cosecha.
Dejaba su lejana casita
una sola vez cada año para confesar.
Era un manojito de leña buena vestido de negro.
La saya casi barría el polvo de los caminos.
Sobre el traje, una pañoleta espesa envolvía su acañada figura,
lo mismo si soplaban el norte pasado por las nieves,
que si el sol rajaba las piedras.
Manto de su pudor,
defendido desde niña como los huertos caseros.
Temores de mujer solitaria, igual de vivos a los setenta
que cuando tenía las carnes rayando hermosas como un albor.

A uno le dan la vida como un limón.
Si se saca -o se aprende- maña, que no fuerza,
y se la exprime en condiciones,
da mucho de sí, créame.
Los que se quejan son los faltos de pulso,
cuando ven que, habiendo remontado -o casi-
los metros de repecho que le fueron destinados,
tienen su limón, medio entero, en la palma de la mano.
Al mío, mi amigo, no le saca gota.
Cuando me tumben debajo de la tierra,
ni me estremeceré si quiera,
porque me abajarán colmado.

Conocí a Soledad,
la que andando el tiempo
habría de ser, más que esposa,
secretaria de mis penas,
perra de mis pulgas,
tunera de mis espichos,
y piano de mis teclas.
En resumen,
almohada de mis quebrantos
y mártir de mis desvergüenzas.
La boda fue por primavera,
con un cielo lindo,
la mar echadita
y el campo enramado,
lleno de capirotos.
Era un mediodía luminoso,
que hacía lucir
más jugosa y verde la vega de San José
y más azul el mar, en aquella hora
sin ni siquiera la mancha chiquita
y oscura de un bote pesquero.

Nunca olvidaré aquellos ojos suyos,
ojos de gran señor,
entonces muy abiertos,
desencajados,
rebotando silencioso sufrimiento.
Se quedaba un rato pensativo,
mirando para la marea.
Los marinos aguantan las calmas,
sin agoniarse.
Lo de tierra también es navegar.
Tres noches a la relentada,
con la luna en creciente.
Se le alivió la cargazón de costillas,
cogió colores
y le relumbraron los ojos,
que le lucían antes con la melancolía
y el brumero de los perros viejos.
Pasaron los días,
las semanas,
los meses...
Y como todo en esta vida,
aquello se fue quedando atrás
Las cosas están escritas
desde el principio de los tiempos
y tienen que pasar.

Coincidieron en las cumbres
una medianoche, alumbrados tan solamente
por el majano de estrellas que cuajaba los altos.
Dos hombres en medio de un silencio
que al pronto tenía un rumor de fondo,
como el arrastre del oleaje en la pedrea de la marea.
Era una hermosura
ver aquellos brazos de hierro tensados
con los maderos y las venas en filos de estallar,
y lo atorado de los totizos,
en los que se agolpaban y represaban
sangre y músculos calientes y resueltos.
Amarró luego una amistad que solo desamarró la muerte.

Tiempos de la costa, espesitos
 y calientes como un caldo de sustancia.
 Bañitos a la luz de las estrellas,
 nocturnos, pudorosos, medicinales.
 La pedrera y el marisco,
 los erizos y las aguas vivas,
 las latas y los vidrios
 acechaban en el oscuro.
 Baños bajo la noche cerrada,
 amparados bajo la pañoleta rucia de la noche.
 Relajo filtrándose entre las sombras hasta la orilla,
 horas negras de baño nocturno en el manso Atlántico.

Tumbando ya sobre las luces del alba,
 rompieron con una isa de mucho trapo,
 dominada por el golpe agudo y brillante de los timplés
 que cantaban en la mano como gallos de pelea;
 trinaba, también buscadora y salpicona, la bandurria,
 bien marcada en el canto por el golpe duro de los bordones,
 apulsados con intención.
 Estaba el cielo raso y el tiempo echadito.

Venía con el cuerpo metido en un entero sudor
y sin aire con que soplar
ni una plumilla del pecho de un pájaro.
Pero recompuse la cara.
Llegué tan fresco y tan ancho como la hoja de una ñamera.
Harto ya de palabras
asomé a la puerta y me planté en el umbral,
con voz que dan los labradores para revolver
en la arada la yunta, cuando se remata un surco.
Cosa importante, como la palabra tranquila,
aplomada, del cacique,
ante la cual todo el mundo callaba y otorgaba sumiso.
Con el sol más manso, ya tumbando
subí para el Risco silbando a todo gusto,
con mis manos en el bolsillo,
esponjado igual que un pájaro en la orilla del agua.
Peregrino suceso me alegró las pajarillas:
hoy, de vuelta y varado, me procura regosto,
gustoso de mis recuerdos como el árbol viejo de sus retoños.
De los cuatro días que uno va a vivir,
el ahorro de dos resulta achaque de rico gorrón,
de rico que ayuda a tejer la telaraña de sus talegas
ignorante u olvidado
de la creada y misteriosa relación entre el frío y la lana,
entre el paladar y la miel, entre la visión y la primavera.

Mujer lanzaroteña,
nacida en tierra arropada por el Trópico
y horneada por la calentona
y vecina orilla del África.
Caminaba sobre su mismo veril,
a orillas de una marea honda y con jalío,
un jalío contra el que nada podían.

Me llevaron a la Virgen
de las naranjas de licor
y las altas cañas dulces.
Todo me gustaba:
el rumor caliente de la fiesta,
los tenderetes
rodeados del embeleso de las mujeres,
el ciego romancero,
la feria con su ganado grande,
oloroso y traspuesto.

32

Tan fija como el sol
al pie de cada aurora.
Tremenda calma
de marea hinchada y negra,
de esas mareas de mal barrunto
que cuando rompen, lanzan sobre la orilla
su mugiente y asolador tropel de toros.
Me sentí lejos de ella,
como al que la marea arrastra de la orilla.
Cuajó en sus ojos calientes un llanto de rabia,
candela que enrama el pecho y la cabeza.

33

Relentadas de tanto amanecer
por las orillas de la ciudad:
los huesos más a flor que nunca.

34

Le sacó la guitarra de entre los brazos
como quien saca un burgado
y se la puso de corbata.

56

35

Garabato: palo con gancho
que se emplea para abajar las ramas desarboladas
con fruta difícil a la mano limpia.

36

Solo le quedaba al hombre el compás
Como a los músicos viejos

37

Me tiré directo a su lengua.
He visto cosas que hicieron hablar a las mismas piedras.

38

Parra en humilde casa:
intento de sombra, alegría y cosecha.

39

Nueve años estuve baldía,
sorda en medio de mi casa,
sorda en medio de las tierras.
Oía llorar a un niño,
y lloraba en mi cabeza:
no los había alrededor.

40

Agüita canela de la Fuente Tumba,
de un solapón de guirres y palomas
que manchaba de ferruge
el gorito donde se embalsaba
y las piedras que lamía al escurrir.
La bebí temblando.
Esperanzadora fuente.

41

En fin, ¿tú, qué?
¿Quieres darte una vueltila,
o prefieres seguir estacado aquí arriba,
baifillo de esta pradera,
donde no hay más pasto
que el misterio y el infinito...?

42

Por los misteriosos tejemanejes de la vida,
semejantes al caprichoso trajín
con que las tejederas rehilan la flor del agua,
se fue conformando el capullo
del que yo habría de romper
tirando la larva a rabo de lagartija
y virada luego la mariposa abejón.
Abejón fresco que lleva al hombre,
del romero a la amarilla retama
pasando por la rosa en orillas de capullo.

Todavía visible sobre los cerros del poniente
el lucero de la mañana,
ella se encaramó allá arriba.
¡Epifanía, tú agárrate bien, Epifanía!
advertía mi padre antes de romper camino,
con el corazón en un puño
en medio de un claro sin un alma a la vista.
Había remontado el sol,
ese sol de horno que receba por julio el hondón de Tunte
sacándole caldas y sollamas
a sus bravas laderas, mesas y barrancos.
Sudaba mi madre, sudaba mi padre
derritiéndose cada cual por lo suyo.
Milagroso hilito de aire trajo un rumor lejano,
un rumor de música y canto.
Le volvió la sangre al cuerpo,
con el alma entera puesta en súplica.
Se movieron los hombres y las mujeres
desaparecida como por magia la pachorra de la tierra.
Los hombres fumaban callados y graves.
Solemne silencio que el campo, un rato grande,
solitario, estiraba y hacía más hondo.
Yo caí en la estera con dos señales buenísimas:
de pie y con zurrón,
envuelto en una telita fina que preservada a las crías
del maleficio que acecha junto a las madres abiertas.

Avanzada la mañana, la cumbre se había agazapado
quedándose vacía y cuajada de silencio,
como si la hubiera suspendido aquel raro alumbramiento.
Candelarita me alzó como un baifo contra el cielo
y me soltó la primera nalgada de mi vida.
Rompí a llorar sobre el campo rebosando de luz y de paz.
Ya está aquí el hombre -dijo mi padre, con pudor.
Tener un hijo, es tan..., tan así,
como si le plantaran un monte encima del pecho.
Y así fue como hice el atraque
a su isla y la mía en el desparramado mapa del mundo,
cambiado el oscuro del “claustro materno”
por el ancho y deslumbrante golpe del sol de julio.

44

La solución inmediata fue una cabra.
Yo chupeteaba jubiloso,
más que cuando medraba del seno materno.
La jaira llegó a arregostarse al humano baifillo.
Se estaba lelita, aguantando rumiante y placentera
mis manoteos en sus ubres y mi boca hambrienta.
Calzado con almohadas, me empajaba solo,
hasta quedarme arrebatado, sudando
con la barriguilla como un peje tamboril.

45

Mezcla de picardía y ternura
de independencia de gato
y sumisión de perro:
fuerza primera de aquel mirar,
el mirar que le diera la flor del embeleso
y lo hiciera marido.

46

Arriba,
las campanas se rompen el espinazo:
repique afianzado, largo y alegre.
Los labradores más lejanos se levantan de la tierra
y quedan escuchando, en suspenso.

Era mujer sabrosa, desde temprana.
Tuvo una oscura, pero viva certidumbre de lirio:
cuello de tórtola, mareíta del seno
y golpe de cantarillo de las caderas,
gracia de palma real con que se arrancan las piernas
pareciendo reclamar un eco, callado.
Todavía con el entresueño de la niñez
estorbándole la claridad de las cosas,
ella se quedaba suspensa,
los ojos altos, inclinados y limpios
-como los de una gacela alerta-
mirando el mirar de los hombres,
y se le remansaba entonces la respiración.
Se le subían a la cabeza confusos presentimientos.
Después empezó a entender
por donde se entienden estas cosas:
por la sangre.
El tiempo hacía con ella lo que el sol con los racimos.
Era tremendo adivinarle la cintura,
que podría abracarse con medio brazo;
el repentino y firme de las grupas,
las piernas que subían con la gracia,
el colmo y la color de una cosecha de espigas.

Llegó a tener miedo cuando resbalaban
-igual que si la recorriera la panza de un lagarto
por su blusilla y liviana y corta falda-
los ojos espesos, como mal dormido de mucho labradores.
Forzada por aquella espontánea provocación de sus carnes
tuvo que parapetarse detrás de su alegría, que era mucha
y de unas aprendidas mañas de gata:
vivas fugas, prontos brincos, uñas repentinas.
De esta manera fue creciendo,
entre un cerco de apetitos zorros y retensos.
Quizá esperaba que la encerrona la rompiera un buen día
alguno de los que a ella le gustaban,
porque sí, porque la miraban formales y lejanos,
sin los delirios de los ojos de los otros.
Un novio serio, igual que los de las demás muchachas,
¡cómo le descansaría las piernas, las uñas y el corazón...!
“María del Pino, ¿quieres por marido...?” “¡Sí, quiero!”
Parecía escucharlo como se escucha el viento
cuando antes de caer levanta
su rumor y tropel de toros en las altas mesetas de la cumbre.
¡Marido...! ¡Qué palabra tan grande, siempre!
¡Y que aire de alto y viejo pino tenía para ella,
qué firmeza en el tronco y qué sombra tan ancha!

Fue un desvelo sobre largo.
Vencida por el tremendo estirón de las horas,
caía en un embeleso y saltaba de pronto
dolorosamente, con un grito a flor de boca,
sentada y jadeante en mitad de la cama.
Se encogía poquito a poco,
como un animalillo nuevo que tuviera miedo.
Y pensaba.

Un hombre feo se resiste
cuando es amoroso como una lumbre en invierno,
cuando tiene un corazón que no le cabe en el pecho,
cuando trae alguna vez los ojos tristes,
o las costilla vencidas
y agradece una voz amiga o una mano sobre la frente.
Pero él...Él era un risco,
sin que se le adivinara una hebrita de ternura.

Se encogió como un animalito enfermo,
despeñándose fácilmente en el cansancio.
La despertó la claridad entrando
por las rendijas de un desajustado ventanillo.
Se sentó en el borde de la cama,
con las manos caídas sobre el regazo, vacía.
Cuando volvió de su sensación de desasida y flotante,
tenía en los centros un dolor de rama desgajada,
que le subía vivo y quemante a los labios.
Pasó tiempo, no sabía cuánto.
Empezó a sobrecogerla una idea absurda: él se había ido.
Se echó fuera, fugitiva,
antes que el pueblo se pusiera a vivir plenamente,
y caminó. Ya casi trasponía el sol.
Se quedó mirando con ojos secos y dementes
la línea del mar, casi borrada por una luz lechosa.
Había sido desde chiquita como un pájaro
por lo viva y trinadora, por la pluma y por el pico
con que llenaba las orillas de las acequias,
los tendederos y las tierras que ayudaba a cosechar.

Mi gente era de la pobredad,
aunque sin llegar a solemne.
Trabajó y hasta cosechó también cochinilla,
saliendo con ella del viejo mal vivir:
carbón y timones, resina y tea en el pinar;
cargas de leña para hornear pan de familia;
trajín de arrieros, verederos y propios
para cruzar la Cumbre hacia la ciudad,
las salinas y los pozos de las nieves.
Para el gofio nuestro de cada día
y santas pascuas, aleluya.

Reculó la cochinilla
y amargaron los chochos por parejo,
igual en la boca del pobre que del rico.
Claro que los ricos son como los delfines,
que se hunden y vuelven a brincar.
Pero entonces compartieron el trago.
Aquello dejó memoria.

Era una tiendita en la ciudad,
un chinchalillo,
de inventario en pocas líneas:
cuatro papeles de alfileres,
dos de cabeza negra;
tres docenas de botones para camisas
y una para calzoncillos,
media de carretillas del noventa,
seis botellas de cerveza negra
y seis de blanca,
una caja de galletas de María, mediada;
ocho rapaduras del país,
un poco de miel de caña y otra de abejas,
un frasco con cobuchos y otro con tirijalas,
una caja de sardinas saladas,
otra caja de “támbaras”,
una trenza de ajos y cuatro escobas,
y dos abanadores colgados en la puerta.

Yo subía a La Loma,
 a largar cometas y cometones
 de largos y trapientos rabos
 y puntillitas como espuelas de gallos.
 Tenía un cometón pinchudo
 de caña parejita y fina, de papel blanco,
 luciendo una estrella colorada y grande en el centro
 que navegaba con alto y soberano golpe de guirre.
 Remontaba tanto y se cargaba de una luz tan viva
 que parecía un lucero visible en medio del día.
 Con majestad de gallo se plantaba sobre el viento
 y corcoveaba con alegría
 cuando mi mano lo metía en un caracolillo.

Me miró despestañándose,
 con unos ojos grandes y estupefactos...
 Le estaba entrando despacio la idea
 de que yo había alumbrado un camino nuevo.
 Mi madre nos miraba, refrenando su gozo,
 tragando saliva para que no rompieran las lágrimas
 de orgullo y esperanza que le bullían calientes
 a flor de sus ojos pardos, todavía hermosos.

Alto, trigueño,
de pelo abundante y revuelto
que se le venía a la frente,
el rostro despejado
y los ojos graves como ardiendo
en el fondo de un cerco
particularmente umbrío.
De dominio y raro atractivo,
en ocasiones amoroso
y en otras, potro nuevo y vicioso,
o en calmas plenas,
empantanado en la galbana
de un barco sin viento.
Lo atraía el campo.
Se enterraba en las fincas
y las labraba,
levantándose a las claras;
y tumbándose
al pie del humilde potaje,
sobre un colchón de avena.
Serenito y templado,
esponjándose el pecho,
salía a flor de los ánimos.

58

Al pie del agua bendita
vi venir desde un rincón oscuro
una mujer que vistiendo como una vieja
andaba con el pasito firme y garboso
de una moza nueva, disimulado,
pero sin malicia bastante.
Arrimó a la pila y pude ver
al tomar el agua bendita,
una mano fresca y fina;
y después, cuando medio se destapó
para signarse, su cara grave y hermosa.

59

Soledad creció alegre
y arisca como los capirotes.
Siempre le tuve recelo
a las mujeres de aire manso,
rostro confuso,
con ojos de pájara echada,
esos ojos umbríos
y medios dormilones.
Soledad tenía los ojos grandes
y vivos, francos y leales.

Ganado del todo por la libertad
alta y luminosa de las Lomas
y, principalmente, por el embrujo,
oliendo a maresía de la playa,
donde refrescaba, pulseaba,
tiraba unos lances a bogas y brechas
o levantaba esos mundos
para los que no hay más arquitecto
que la cabeza de un niño,
yo tornaba emperrada y alegremente
a lo que entonces tiraba de mí
con un oscuro y salvaje poder,
como tira la vida de la tierra
y de los árboles y de los pájaros
cuando abril rebasa y deja atrás
los gachos y foscos brumeros,
y entra y se engolfa
en la pleamar del buen tiempo.
Me sentía como un borracho
de la generosa libertad de los pobres,
borracho de camaradería y ensueños,
de gusto por nuestra bravía libertad,
por la libertad y el peligro.
Ni una sombra de mujer y su misterio
encima del resuelto resplandor de la frente...

Todo era tierra libre y nuestra,
ancho campo de merodeo y piratería.
Todo esto duró el tiempo de un entresueño.
Algo de repente,
y al modo como la noche se vira en el día,
pasando el chiquito y misterioso puentecillo del alba
con indecisa y parda claridad primero,
pero después con un retumbante resplandor,
se me paró y se me viró caviloso el pensamiento,
lo mismo que el mirar, ahora trabado
por el revuelo de unas enaguas
y el jeribeque de una pollona en el tendedero
o sacando a pulso una talla.

Se me quedó mirando lelita,
en punto de baba,
de embelesada adoración,
mansita, en el temblor de un álamo.
Anhelante, mirándome
con unos ojos
que por el brillo parecía
como si les hubiera entrado cargazón de calentura.
Así pegó ella a quererme, callada.

Fui a una acequia algo apartada.
Me hallaba dabluzado sobre el agua
y en el fregoteo
cuando la presentí detrás de mí.
Me levanté de un salto. Y allí estaba
Nos quedamos callados.
Ella estaba tan cerca de mí
que yo sentía su respiración en la cara.
Tenía el aliento maduro, dulce y cálido.
Me acordé del aroma nocturno de los albaricoqueros
cargados y en punto de cosecha
Sentí que todo se ponía más negro alrededor
y que ella lucía dentro de aquel oscuro como un pan
en el fondo de un horno, muerta y asada de amor.

Empecé a subir callado
tirándole golpitos a las piedras
con una vara verde.
Anduvo un trecho trasera
pero pronto se me puso al lado
-¿Tú siempre vienes por aquí?
-veces sí, veces no...
-Yo también.
-¿Tú también, qué?
-Que yo también vengo, veces sí, veces no.
-¿Y a qué?
-Pues... a nada.
Callamos un largo rato.
Estaba empezando a anochecer.
En la bahía brillaba ya alguna luz chiquita
y pasaba también ya la ráfaga del faro,
recién encendido.
Venía estirando la rapadura,
haciendo estallar la lengua
en un chupeteo goloso de cada cachito.
Me empezó a caracolear la cabeza
y a cerrárseme toda la luz de alrededor.
Siempre me pasaba igual.
Candelillas me brincaban en los ojos.

Le brillaban fríos como luceros los ojos
y le temblaba de pena la boca.
Se dobló sobre el suelo llorando,
desconsoladamente.
Me senté en la tierra, a su lado.
Habló con un lejano rencor,
como el trueno de una tormenta pasajera.
Tenía imperio aquella vocecita
empañada por la primera pena grande de nuestro amor.
Este dominio me alegró,
como si en lo alto de mi corazón
se hubiera puesto a cantar un pájaro.
Me sentía halagado por aquel arranque de sus celos
y por la llantina caliente que colmó sus ojos
castaños, tan vivos, tan alegres y tan queridos.

Cuando nuestros cascarones se quedaron en el camino,
definitivamente desprendidos, surgió una situación nueva.
Soledad se desandó porque yo acudiera
al engodo con que llenaba cada día
el trocito de marea de su pulido y azulado patio.
Yo seguía empeñado en la cómoda y ancha libertad
de mi primer tiempo, dispuesto a defenderla con uñas y dientes.
¡Infeliz de mí, que ignorante del poderoso jalío del amor:
quería navegar como en los tiempos de La Loma y Las Arenas...!
¡Compadre Pancho del alma, mi barca no puede andar,
ni con velas, ni con remos, ni con las olas del mar...!

Volvió a dar media vuelta
 y a dejarme con la palabra en la boca
 quemándome la sangre,
 como si ésta se me hubiera virado mojo rabioso.
 ¡Se va, Dios mío, se va!,
 me vino a la flor de la pena
 el canto cuando la vi cargar,
 tan geitosa y tan fresca,
 la talla, que yendo casi llena,
 no sangoloteó, ni derramó una gota...
 Yo no podía con ella
 porque estaba enamorado.
 Las hembras sobrenadan mejor
 en el mar de los sentimientos.
 De repente se me quitaron las ganas de comer
 y espantó mi sueño,
 hasta entonces tan colmado y amoroso.
 Me dejé ir para el pie,
 cierto de que todo aquello se disiparía
 como los flecos de una brumilla.
 Despacito y con cuidado,
 dice el pastor en la fuente.

En su orilla:
 caletón de cariño
 y sus ideas.

El barrio dormía en pleno,
apenas si se escuchaba ladrar un perro.
Cantó un gallo desvelado y cercano.
El largo grito del animal se encadenó,
como un oleaje, a través de la ciudad dormida,
perdiéndose por fin
en las casuchas lejanas de San José y Alcaravaneras.
Todo volvió al rumor sordo del sueño.

Recuerdo dos nombres de músicos:
Grieg y Sibelius.
Los dos sonaban a mar,
a mar en silencio
o alborotado y sombrío;
a silencio también de montañas
en calmas grandes y hondas,
o alteradas por el paso del viento.
Daban también la sensación de lucir
como entre dos luces,
el día entregándose
y levantándose la noche.
Dulce y grave, al tiempo.

Anochecían en la casa
y desaparecían al amanecer.
Andaban las cumbres
y las costas más lejanas,
comiendo de la fruta al paso.
Habían ido hasta el pie de Roque Nublo.
Bajaron luego al pago
y cayeron en la casa de un labrador,
mezcla de guanche y árabe.
La mujer empezó a pensar mal
por el mirar de la extranjera
que en la mesa se comía a Gabriel
con sus ojos de gata.
No perdía ocasión de estar a su orilla,
lo mismo si iba por monte,
que por leña o a regar.
La mujer caminó,
que no ponía los pies en el suelo,
para su lejano pueblo del Sur.
Llevaba la isleña el corazón en un puño,
pero no soltó una lágrima,
más derecha que una vara de lirio.
“Celos moros”, decía,
entre asombrada y feliz, la extranjera.

Aquella noche, cuando todos dormían,
los enfermeros de guardia dormitaban
y el hospital era como un caserón vacío,
lleno de sombrajos y de quejidos
del viento entre las puertas, se levantó,
recorrió como un alma en pena
los pasillos y escaleras desiertos,
se entró en el cuarto
donde depositaban la caja común,
la caja deslucida y ruinita
en que fletaban hasta orillas de la tierra
a los que no tenían ni casa,
ni tres teniques,
ni un perrito que les ladrara,
y se acostó dentro de ella.
¡Pero tranquilito, y de un modo sencillo!

Cuevas Caídas,
peregrino pago de desriscadas cuevas
donde el colingo vive su vida
al suelto y ancho modo de las palomas de risco.
Lo mismo ellos que las hembras
son de un moreno con mucho acento
y renegro y lustroso el cabello.
Los ojos le lucen como candelillas,
vivos y siempre alerta.
De pómulos marcados, y bajo ellos, las bocas,
cayendo en grandes, de labios oscuros.
Los hombres tiran a magros y espigados
y ellas a expresivas y garbosas,
con mucho reburujón por la cintura y en los pasos.
No son de modo fijo
ni jornaleros, ni peones de labranza,
ni cosas así, de las que amarran la vida
y mandan meter el hombro
y soltar a tiempo y por jornadas los resuellos
bajo la jeta torcida, nunca contenta, de un amo.
En cuanto a tierras poseían las dos fanegas,
que necesita un hombre para pudrirse
sin quebranto de narices vivas.
Al golpito, y siempre a compás de las ganas,
pasan por tiempos las lindes del pinar,
gran predio de los hombres humildes de nuestra tierra,
donde lo mismo hallan, como los pájaros,
el sustento mínimo, que el descanso
de los poco molidos y siempre indiferentes huesos
bajo el rumor y la frescura de su sombra.

Allí tumban algún buen leño, carbonean o astillan tea,
sacan una carga de ramilla, pinocha o juagarzo,
todo para vender en lo justo del brete,
el puño de gofio, el pedazo de queso chasnro...
Casi nada para el hogar.
También cosechan resina para que medicinen otros.
Cuando reviran de pleno contra el mandato
de ganar el pan sudándolo,
conforme a la ley vieja y a las leyes nuevas,
se visten las ropas más humildes de su desastrado ajuar
y se tiran a vagabundos, con una vara en la mano
y un perrillo rabujiento arrimado al garabato de sus sombras.
Son las ropas de “piir”-de pedir-, que a golpes de lamparones,
traslucen y remiendos a trancajillo, pueden mover la misericordia
de las gentes por esos caminos de Dios.
Una de las pocas servidumbres regulares que aceptan
es la de vareadores y apañadores de almendra
por tiempo de su cosecha, alto el verano.
Un trabajo sin arreos, que suele rematarse con alegres “juntas”
de descascarada y partida, reuniones jaraneras
con su buen pie para amorcillos y picardías,
coronadas con bailes de media noche para el alba
sobre el terreno redondo de las eras.
Dispuestos a meter el garabato
en los frutos furtivos del pinar y las labranzas,
y los a cuerpo limpio del “piir”, los colingos
pasan los estrechos veredillos que bordean,
sobre la fuga del risco,
las bocas siempre abiertas de sus cuevas,

con más de nidos de guirres que de viviendas de cristianos,
y se tiran a los pueblos.

Al mismo tiempo que alivian caminando la vaina de vivir,
trajinan una reserva de hormigas con que ir tirando
sin aflojar el sabio quiebro a esta desgracia de sudar
previamente el brete nuestro de cada día.

Notable parecido con los gitanos
que en cuevas habitan a lo largo del camino del Sacro Monte,
en la ciudad de Granada. Acrecienta esa semejanza
la fama de arder en un candil, de sentir crecer la hierba
y de sacar polvo debajo del agua que han ganado los moradores
del peregrino y entendedor pago que cuelga en los altos de la isla.

73

Desmadejadilla y algo rota
por la jornada bajo el sonajero,
sonreía desde el fondo
de su limpio cansancio
unos dientes de un blancor
de almendrillas tiernas.
Aliento de mujer brava,
con los puños duros de fregar sus ropas
y trabajar su pan y labrar su tierra.
Trasponía al atardecer
enterita como había bajado
de su conejera al romper el alba.

Rayando el primer sol
en la alta cresta del toscón del Nublo,
salió de las cuevas, que bullían como nunca,
el colingo rancho matrimonial.
Encabezaba la bajada la cuadrilla de hombres,
envarados por los driles nuevos de sus trajes
y por la magia de la ceremonia.
En el centro, el novio, enmudecido.
Algo más atrás, sobre los pardos caminitos,
la variopinta ranchada de mujeres,
con su golpe primaveral de flores de sembrado,
encandilando con fulgurantes acabaditos de respuntar
el mirar entresoñado y grave de los labradores del amanecer.
La novia, más linda que nunca.
Sus ojos, que siempre tuvieron como un amago de fiebre,
daban mejor ahora ese atractivo brillo,
cálido y remansado, de la calentura.

Cayendo el sol,
desmantelaron la cueva grande del convite,
orillada con cajoncillos y tablones en función de bancos.
Se planteaba el baile de bodas.
Dentro ya amagaba la noche.
En una esquina, el pabilo de un candil tiraba visajes de luz.
Comenzaron a moverse entre la caliente semitiniebla.
Fuera, el oscuro se podía partir con un cuchillo,
aunque en lo alto relumbraba el cielo
como un fiesta estremecida y lejana.
Se veía un pedazo de cielo prieto de estrellas.
Y era un alivio, y hasta un gusto,
estarse viendo su misterioso e impasible temblor.

Rebumbio de hombres como hormiguero roto
bajo los espesos sombrajos del monte.
A tres pasos de la salida se abría el precipicio,
y en lo hondo se apretaba el negror de la noche;
ni podían vislumbrarse los golpes blancos de las casitas.
De haber habido luna le pisan la furtiva, huidiza
y acrecentada sombra.
Y se puso a cantar a todo pecho en medio de la alta
y desolada noche.
El alba fue entrándose, aborregada y mansurrona,
agachada y sucia.

Viejos como zurriones vacíos,
sin más contenido que recuerdos,
varados en las orillas y poyos del pueblo.
Conversan allí por aliviar melancolías
a su propia transpuesta y a la del atardecer.

Parando yo en Tunte
por un tiempo de verano,
lo acompañé muchas horas,
sentado por las tardecitas.
En los poyos del calvario esperaba cada día
ver subir la noche bocabarranco arriba,
la noche que avanzaba,
tan aseñorada en sus lutos
por entre el cañón que arman
los cerros rucios y gestudos
de camello extremado y garañón,
llamados de Amurga y Rompecerones.
Cuando estaban los aires claros,
asomaba un cachito de mar
y a veces lo cruzaba un barco
del mismo tamaño y relumbre de un dedal de plata.
Pasaba y trasponía como las estrellas,
sin sentirse, misterioso,
con rumbo a tierras de lejos y de mucha vida.
Varado por los años
en las orillas del Calvario tirajanero,
allí estuvo tan embelesado en la vista de la mar,
que casi se murió recostado en los poyetes.

Poco a poco me mermaba la voluntad,
cayendo en melancolías que nunca tuve:
sin cabo ni cuerda,
escarabajeado por una rara desazón,
algo que me venía trabajando sin bulla
-al modo de la carcoma en los muebles-
los entresijos del alma.
Espantándoseme hasta el sueño,
a mí, que me quedaba dormido en la flor de un berro
y de ahora para después y apoyadito,
como un niño al cabo de mamar.
Lo descubrí de repente y en un desvelo: Soledad.
Me faltaba la presencia morenita,
salerosa y escachada de aquella risquerilla,
debajo de la cual y sin darme cuenta
había andado en vueltas,
como el girasol hace con el alto resplandor
que lo embelesa y torna.
No podía sosegar sin su sol y su sombrita,
sin la pimientilla que, como un vivo aroma,
le salía de toda la figura.
Y caí en algo más grave que esto de tenerla
tan simplemente bajo la vista en su patio,
en el pilar, sentada en los altos y familiares poyetes del Risco
cuando la tardecita iba virando el afán y la luz de la ciudad.
Caí en que la necesitaba todavía más arrente de mí,
a toda ella y de puertas adentro,
entre mis brazos, a la vera de mi mantel y de mi sueño.

La presencia de Soledad me enfiestó las pajarillas
como cosa ninguna de este mundo
me las había conmovido antes
ni me las metió después en alegranza.
Me estremecí como un álamo
debajo de la brisa tibia que levantaron sus ojos,
su sonrisa ancha;
el sonido de su voz tirando a grave.
Se me puso un gusto de lamedor en la lengua,
que me corrió y caló
hasta los más perdidos rincones del corazón y del alma.
Yo, trotador por esos trigos,
abejón lo mismo de la rosa de Francia,
que de la flor del cardo caminero,
pensaba, mirándola lelito:
“Tiene miluque esto de que una mujer
-¡una sola mujer!-
pare a un hombre en su corola,
lo embruje y trabe en su pinta y en su aroma,
y pueda, con cositas tan livianas,
pero de tan misteriosa fortaleza,
vararlo bien varado en su blanda arena primero...
y en su marisco después.
¡Qué cosa grande y mágica, Santo Dios,
esto del imán agachado que ellas llevan dentro,
como una almendrita tierna destinada a planta,
que no a partida, y que brota y boga sin sentirse,
hasta que un día es alta, verdea, enrama, se llena de floritas...!

81

Voz clueca y dengosa:
gata salida entre la luna
y los tejados de enero.

82

Me estremecí como un álamo
debajo de la brisa tibia que levantaron sus ojos.
¡Qué cosa grande y mágica, Santo Dios,
esto del imán agachado que ellas llevan dentro,
como una almendrita tierna destinada a planta,
que no a partida, y que brota y boga sin sentirse,
hasta que un día es alta, verdea, enrama, se llena de
floritas...!

Me la traje allá atrás,
al patio, y la miré cerquita.
-¡Yo me he casado para perder el mundo de vista,
solito contigo!
Nos escurrimos por entre el rebumbio,
teníamos nuestro cuartito preparado.
En el centro, un catre hermoso, de hierro negro,
con sus cuatro perinolas doradas,
con sus dos colchones tiernos,
restrellando del generoso colmo,
con sus sábanas a estrenar, amorositas
y tan blancas que ni tejidas con lirios del Monte.
Daba pena arrugarlas.
Pero mi amigo, todo en este mundo hay que arrugarlo,
porque si no, y esto es peor, arruga de por sí.

Las tres lunas rojas

1

Se abre sobre el campo una ventana de ancha luz,
es la última hora de la tarde
y fuera se enrojecen, se doran y se apizarran
la luz, las piedras y las tierras hasta alcanzar el oscuro.

2

¡Qué pronto es tarde!
Sonido de horas de un reloj lejano,
hasta la misma raya del mar.
Dentro de poco hará la luna su salida.
A tus ojos les falta, de antiguo, paz;
búscales caminos a la alegría y al sueño.
Tú no tienes ni una cosa ni la otra...
Las zarzas te rayan las carnes,
llénate la boca de sus moras y sonríe.
¡Camina siempre!

3

Yo y los míos
ya no teníamos nada,
sino la sangre.

4

Tienes tus hijos calientes y cerca,
como una cama llena de pan,
y, encima, la sombra y la fuerza del marido,
sin que ninguna cosa,
como una pared llena de vidrios,
se levante en medio. ...

5

Una herida agria,
una herida amante
con panal curada.
¡Y un río de almendras
que en las venas canta
su raíz de nieve,
su vara de nata
y rompe en palomas
por la arena alta,
con colmo redondo
de encaje y manzanas!
¡Y su dolor, rama de alba,
en cuya punta rosa
revienta el clavel de la mañana!

Sin aprieto destilo naranjales agrios.
Hay un engaño que en las tierras camina
callado por entre las acequias y los surcos
y en las carnes por los caminos de la sangre.
Lo vi como entre un golpe de trigos aventados.
lo sabía cierto y me cogió.
Y hoy me come los ojos y me recome los huesos.
Toda la vida con el puño de este secreto dentro.
¡Créame a mí: hay un engaño, más fuerte que una!
Cuando yo era novia me almibaraba la lengua
y me desvanecía la cabeza como los licores escarchados
de las bodas.
Tenía miedo y anduve en agachos para librarme;
Pero podía más la fuerza, que tiraba de mí.
En la cabeza coge cuerpo el temor,
pero de las ramas de la sangre se levanta como un vaho caliente,
al modo del vino, y que tumba.
Al rayar el día de la boda
me levanté y pasé liviana, sorda y ciega
el camino que va a la presa grande.
Me llevaba al agua un delirio.
Toda la noche, un brazo como un olivo
me estuvo quebrando la cintura;
me sangraba la boca
debajo de unos dientes duros como piedras,
y como si caída, la cumbre se me afirmaran encima,
perdía el aire y buscaba un grito
que era como una palma enterrada.
Luego no tuve fuerzas y me volví.

7

Todo eso no es natural,
como no sería natural estarse con hambre
debajo un huerto con frutas.
Distraída en la pena,
quiero hablar.
Mi lengua era de él
y la ha perdido.

8

Siento como una fuente de luz
y de alegría en lo hondo de mis entrañas.
Se han apretado mis muslos como los de una virgen.
Y tengo un sabor de soltera en los labios.
Este apetito de las noches que me quema las noches.
El dolor se queda muy uno y muy solo.

9

Mira en torno,
con ojos un momento blandos
y amargos

Es de noche
y no hay más claridad que la que trasciende
de un rayo de luna que pasa la ventana
y se echa largamente en el piso.
Asomada, mirando al campo,
atenta e inquieta, está María.
Así, en silencio, está todo.
Es muy tarde ya y hace frío...
No es sano andar en vela con la luna de enero.
Hasta que no trasponga la luna, no se irá.
Quiere estar ahí... Con la luna se fueron...
¡Es curioso cómo se parecen sus hijos muertos
al campo con esta luz! Tenían su misma palidez,
su mismo tremendo silencio y desamparo...
Velorio amargo, buscándole más luces al desvelo...
Se levanta y va hasta el velón, encendiendo sus cuatro luces.
Con la lumbre, la claridad plata que levantaba el rayo de luna,
se desvanece.
Y un amarillo, como de naranjal en el alba, se difunde agónico
en la atmósfera sobrecogida de la estancia.

Los hijos son nuestros, nada más: de las mujeres.
Lo de los hombres es un poco de hambre ciega,
que acaba como acaba la sed de un camino
cuando se alcanza el agua...
Pronto se desmadejan en la orilla, hartos y dormidos.
Y mientras ellos se quedan ahí quietitos y vacíos,
en nosotras agarra la vida, y se nos llena el vientre,
el pecho y la cabeza de calor, de rumores y de sueños...
Son nuestros solo, sí, por las entrañas donde se levantan,
por la sangre que los va sustentando,
por el duelo que los alumbra,
por los brazos en que se acaban para dormir y para morir.

PANCHO
TIENE SANGRE
Y ES ETERNO
GUERRA



Indice

Saluda	5
Prólogo	9
Palabras sobre Pancho Guerra	15
Poemas ocultos de Pancho Guerra en...	
<i>Memorias de Pepe Monagas</i>	35
<i>Las tres lunas rojas</i>	93



*Este libro se terminó de imprimir
en marzo de 2015, en los talleres de
Vinilos Gran Canaria. Gran Canaria.*

